



Cuando el abuelo se puso más enfermo



Cuando el abuelo se puso más enfermo de lo que siempre estaba y el médico que lo reconoció dijo que había que llevarlo al hospital, el tío Paco llegó a casa de Valentina con su enorme coche todoterreno.

—Vas a venirte unos días con nosotros —le dijo a la niña—. Con tus primos lo pasarás muy bien.

Y la verdad es que lo pasó muy bien con Alex y Virginia, que eran más o menos de su edad. Jugaban incansablemente a todas horas.

Pero al cabo de una semana regresó a su casa. Por un lado, le daba pena despedirse de sus primos. Por otro lado, estaba deseando volver.

Sus padres la abrazaron y la besaron. Luego, más serios que de costumbre, le dijeron:
—El abuelo Valentín se ha ido.

En el primer momento, Valentina no podía creerse que se hubiese marchado. ¿Adónde podía ir, si nunca se movía?

Decidida, se dirigió hasta el cuarto de estar, donde el abuelo se pasaba la vida sentado en su butaca, frente al ventanal que daba al mar, de espaldas al televisor siempre encendido, junto a la mesa camilla con cuyos faldones se cubría las piernas, bajo la vieja lámpara de poleas con pantalla de tela.

Al entrar en el cuarto de estar notó una sensación extraña: todo estaba como siempre, pero faltaba el abuelo.

Se acercó a la butaca y se quedó mirándola. El asiento estaba hundido por unas partes y arrugado por otras. Era la hue-

lla inconfundible del poto del abuelo, que durante años y años había ido marcando su forma en aquella butaca.

Valentina pasó las manos muy despacio por la superficie del asiento y se dio cuenta de que la huella no podría quitarse nunca, pues ya formaba parte del mismo.

Desde que tenía uso de razón lo había visto sentado en la butaca, con la mirada perdida.

A veces le hablaba, pero el abuelo no se movía. Ella creía ver en sus ojos un fulgor especial, un velo cristalino que los iluminaba.

Le gustaba cogerle las manos. Eran tan grandes que tenía que hacerlo de una en una. La piel parecía transparente y, a través de ella, casi podían verse sus venas tan gordas, sus tendones tan tiesos, sus huesos tan gastados, sus articulaciones tan hinchadas.

No recordaba otra cosa de su abuelo.

—¿Por qué no se levanta de la butaca?
—preguntaba cuando era más pequeña a sus padres.

—Está enfermo.

—¿Y por qué no habla nunca?

—Está enfermo.

—¿Y por qué se le cae la baba, como si fuera un recién nacido?

—Está enfermo.

A Valentina le daba rabia que su abuelo estuviera siempre enfermo, sobre todo porque los abuelos de sus mejores amigos no lo estaban.

¡La de cosas que los amigos le contaban de sus abuelos!

El de Andrea la llevaba todos los días de paseo y, de vez en cuando, le compraba un helado de chocolate.

El de Juan, que era maestro jubilado, acudía todas las tardes a su casa y le ayudaba a hacer los deberes. Por eso Juan sacaba las mejores notas de la clase.

El de Pedro y Elvira era el campeón de petanca del pueblo. Había ganado una copa grandísima y, para celebrarlo, la llenó de champán e invitó a todos sus amigos.



Enrique se iba a la playa con su abuelo para ligar. Como el abuelo se había quedado viudo quería encontrar una nueva mujer.

—Una viuda de mi edad que tenga una nieta de la tuya —le decía a Enrique.

El de Rosa había sido entrenador de fútbol, por eso había creado un equipo en el club de la tercera edad, pero nunca conseguía encontrar un rival a su medida para echar un partido.

El de Mario viajó de joven a Nueva Zelanda, que es el sitio más lejano al que se puede viajar.

A Valentina le daba mucha rabia no poder contar nada de su abuelo a los amigos.

Él no se movía nunca de la butaca y, si le hablabas, ni siquiera te respondía. No obstante, ella lo intentó en muchas ocasiones. Se sentaba frente a él y le explicaba las cosas que hacían los abuelos de sus amigos. Luego, le preguntaba una y otra vez sin obtener respuesta.

—Deja al abuelo tranquilo —intervención su madre.

—Sólo quería preguntarle una cosa.

—No le molestes.

—Pero... ¿por qué nunca me contesta?

—Está enfermo.

Un día llamó por teléfono un amigo de su padre. Valentina oyó la conversación sin darse cuenta y comprendió que su padre se estaba refiriendo al abuelo.

—Es como un vegetal —dijo el padre.

Pensó mucho Valentina en aquella frase. *Es como un vegetal*. Estuvo a punto de decírselo a todos los amigos, pues estaba segura de que a ellos les sorprendería descubrir que existía una persona que era como un vegetal. Pero no se lo dijo.

Durante mucho tiempo se preguntó por qué una persona tenía que ser como un vegetal. No lo entendía. Y lo que era peor, estaba segura de que, aunque se lo explicasen, tampoco lo entendería.

La casa de Valentina

La casa de Valentina estaba muy cerca del mar. Tan cerca que, cuando las ventanas estaban abiertas de par en par, entraba por ellas el olor a mar y el ruido incesante de las olas. Y si había tempestad, podía entrar un salmonete, un calamar y hasta un cangrejo ermitaño.

En la azotea podía corretear a sus anchas, mientras sentía sobre su cuerpo las caricias del sol y las embestidas del viento. Además, desde lo alto, el paisaje era precioso.

Iba a subir un rato a la azotea, pero sintió hambre y, por eso, entró antes en la cocina. Nada le apetecía tanto como una galleta.

Mientras se la comía, se quedó mirando una caja de cartón muy grande. Recordaba perfectamente aquella caja, en la que unas semanas antes les habían llevado la lavadora nueva. Se preguntó qué pintaría la caja en la cocina y se acercó a ella con curiosidad.

Levantó los cartones que servían de tapa y observó lo que había en su interior. De pronto, recordó una conversación entre sus padres y lo comprendió todo:

—Hay cosas de las que no podría separarme nunca, aunque no tengan ningún valor —había comentado la madre.

—Podemos guardar esas cosas en una caja y bajarlas al trastero —había sugerido el padre.

—Será lo mejor.

—Y con la ropa, ¿qué haremos?

—Apartaré y lavaré la que merezca la pena; a alguien podrá servirle.

Por tanto, estaba muy claro: sus padres habían aprovechado la caja de cartón de la lavadora nueva para guardar las cosas del abuelo.